

LA PALABRA DE DIOS EN EL CORAZÓN DE MARÍA Y DE LA IGLESIA

“Lectio Divina” en dimensión mariana

(Juan Esquerda Bifet)

Sumario:

PRESENTACIÓN

1: LA ARMONÍA DE LA REVELACIÓN Y DE LA FE EN EL CORAZÓN DE MARÍA Y DE LA IGLESIA

2: CONTEMPLAR LOS LATIDOS DEL CORAZÓN DE CRISTO EN CADA PALABRA DEL EVANGELIO

3: MARÍA MEMORIA DE LA IGLESIA EN UN CAMINO DE FE CONTEMPLADA, CELEBRADA, VIVIDA Y TESTIMONIADA
CONCLUSIÓN

* * *

PRESENTACIÓN

Es una realidad de gracia que se puede constatar fácilmente: el evangelio fue meditado por María en su Corazón, antes de ser escrito (cfr. Lc 2,19.51). Ella había sido el único testigo personal de todos los misterios del Señor, desde la Anunciación hasta la Ascensión y Pentecostés.

La predicación apostólica (que antecedió a los escritos del N.T.) siguió encontrando eco en su Corazón. La sintonía de la oración de los discípulos en el Cenáculo “con María” (Hech 1,14) y el hecho de haber recibido “todos” las gracias del Espíritu Santo (Hech 2,3), supone una presencia de María *también* en la primera comunidad cristiana que celebraba la Eucaristía y escuchaba la predicación apostólica (cfr. Hech 2,42).¹

La Iglesia de todos los siglos ha procurado seguir el mismo camino vivencial y cotemplativo de María, a modo de “Lectio Divina”, es decir, de

¹ Benedicto XVI, termina su encíclica *Spe Salvi* con esta oración a María: “La alegría de la resurrección ha conmovido tu corazón y te ha unido de modo nuevo a los discípulos, destinados a convertirse en familia de Jesús mediante la fe. Así, estuviste en la comunidad de los creyentes que en los días después de la Ascensión oraban unánimes en espera del don del Espíritu Santo (cfr. Hech 1,14), que recibieron el día de Pentecostés” (*Spe Salvi* 50).

“leer a Dios”: Escuchar, dejarse cuestionar, responder con actitud relacional de oración y de entrega. “La Madre de Jesús” (Jn 2,1) estaba habituada a “meditar en el corazón” las palabras del Señor (cfr. Lc 2,19.52). Por esta actitud de “escucha”, se la puede llamar “la primera discípula” y también el “icono” o la personificación de la Iglesia “naciente” y de la Iglesia en cada momento de su caminar histórico.²

La contemplación cristiana recorre el itinerario mariano de contemplar el rostro de Jesús. "La contemplación del rostro de Cristo se centra sobre todo en lo que de él dice la Sagrada Escritura" (*Novo Millennio Ineunte* 17), como lo hacía María, que relacionaba estos textos con lo que veía y escuchaba. Esta contemplación es "oración de corazón cristológico" (*Rosarium Virginis Mariae* 1). "Guardaba sus palabras en su corazón, no como las de un niño de doce años, sino como las de aquél que fue concebido por obra del Espíritu Santo, al que veía crecer en sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres".³

La Palabra de Dios ha moldeado personas y comunidades eclesiales de toda la historia, en un proceso de santidad, que consiste en unificar el corazón para llegar a “la perfección de la caridad” (LG 40). La espiritualidad mariana de la Iglesia es un reconocimiento de que María es la “memoria” de una Iglesia que quiere dejarse plasmar por Cristo quien es la Palabra

² La expresión “Lectio Divina” (“theia anágnosis”), leer a Dios, es de Orígenes (siglo III): *Carta a Gregorio*, 4. La explica también en: *Homilía sobre el Levítico* 4,6. Fue una metodología de oración muy apreciada ya en la edad patristica. A partir de la Edad Media, recibió un gran impulso con la explicación de Guido II, prior de la Gran Cartuja (sigloXII), como proceso gradual en cuatro momentos: lectura, meditación, petición, contemplación.

³ ORÍGENES (+254), *Homilía sobre Lucas*, 20,6; PG 13, 1853. La explicación que daba Orígenes sobre cómo meditar el evangelio, es simultáneamente cristológica y mariológica: “Posar la cabeza sobre el pecho de Jesús y recibir a María como Madre” (*Comentario al evangelio de Juan*, 1,6: PG 14, 31). Para las cartas apostólicas de Juan Pablo II (*Novo Millennio Ineunte* y *Rosarium Mariae Virginis*), usamos las siglas: NMi, RVM. Para la encíclica *Redemptoris Mater*, RMa. Para la encíclica *Veritatis Splendor*, VS. Sobre los documentos de Benedicto XVI: para la encíclica *Deus Caritas est*, DCe; para la exhortación apostólica *Sacramentum Caritatis*, SCA; para la exhortación apostólica *Verbum Domini*: VD.

personal y definitiva de Dios. Efectivamente, "la Iglesia, reflexionando piadosamente sobre ella y contemplándola en la luz del Verbo hecho hombre, llena de veneración entra más profundamente en el sumo misterio de la Encarnación y se asemeja más y más a su Esposo" (LG 65).

Por el hecho de meditar la Palabra en su Corazón, María entraba "en el dinamismo de la Trinidad"; de este modo "se convierte en modelo de la caridad de la Iglesia, como manifestación del amor trinitario".⁴

Espontáneamente, los creyentes de toda la historia van a buscar en el Corazón materno de María el evangelio meditado por quien es "la mujer" (Jn 2,4; 19,26), es decir, el "tipo" o figura de la Iglesia contemplativa, evangélica, discípula, misionera, "asociada" esponsalmente a Cristo.

No solamente el mensaje de Navidad (cf. Lc 2,19) y las palabras de Jesús Niño (cfr. Lc 2,41) encontraron eco afectuoso en el Corazón de María, sino, de modo especial, en el momento del Calvario, cuando Jesús la llama nuevamente "mujer" y la da como madre al discípulo amado. Las últimas palabras de Jesús son un resumen del evangelio y quedaron grabadas en el Corazón de su Madre y nuestra como "en tierra buena" (Mt 13,8), de María que era figura de la comunidad eclesial de Jesús (cfr. Lc 8,21).

La Iglesia no sólo imita la actitud contemplativa de María, sino que, con ella, adopta una actitud de "mirar", según la invitación de Juan (Jn 19,37), para poder anunciar la Palabra contemplada (cfr. Jn 1,14; 1Jn 1,1).

María es discípula, modelo y ayuda en este itinerario de "meditar la Palabra". El trasfondo bíblico de la Anunciación (cf. Lc 1,26ss), sobre la acción del Espíritu Santo en María y sobre su "sí" a la Palabra de Dios (cfr. Sof 3,14-17; Is 7,14; Ex 24,7), no sólo descifra la actitud contemplativa de María en un arco de tiempo de doce años (cfr. Lc 2,19.51), sino que deja entrever también la convivencia familiar con San José: "Su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de él" (Lc 2,33). El texto del "Magnificat" es un índice de una meditación profunda y vivencial: "El *Magnificat* - un retrato de su alma, por decirlo así - está completamente tejido por los hilos tomados de la Sagrada Escritura, de la Palabra de Dios" (DCe 41).

⁴ BENEDICTO XVI, *Alocución* al concluir el mes mariano, viernes 1 de junio de 2007, en la gruta de Lourdes, jardines del Vaticano.

Desde el principio, María se deja sorprender por el misterio de un Dios que quiere hacerse hombre: “Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo” (Lc 1,29). Las luces recibidas producían en ella un actitud de humildad: “Dios ha puesto los ojos en la humildad de su esclava” (Lc 1,48).

La comunidad eclesial fue calificada por Jesús en relación con una maternidad salvífica de la que María es el modelo: “Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen” (Lc 8,21). Así hizo María desde el principio: “María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón” (Lc 2,19). La Iglesia aprende de ella a dejarse modelar por la Palabra: “La Palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la Palabra de Dios. Así se pone de manifiesto, además, que sus pensamientos están en sintonía con el pensamiento de Dios, que su querer es un querer con Dios. Al estar íntimamente penetrada por la Palabra de Dios, puede convertirse en madre de la Palabra encarnada” (DCe 41).

María “escucha” y la Iglesia lee con esta misma actitud contemplativa (“lectura”), que se deja cuestionar (“meditación”) y entra en la audacia de “orar” preguntando a Dios y pidiendo con humildad: “Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando” (Lc 2,48); “no tienen vino” (Jn 2,3). Es la actitud oracional que conseguirá el milagro de Caná: “Haced lo que él os diga” (Jn 2,5).

El itinerario mariano de contemplación de la Palabra sigue, pues, el esquema que es tradicional desde la Edad Media: lectura, meditación, petición, contemplación. Pero en María fue algo peculiar: “María de Nazaret, desde la Anunciación a Pentecostés, aparece como la persona cuya libertad está totalmente disponible a la voluntad de Dios. Su Inmaculada Concepción se manifiesta propiamente en la docilidad incondicional a la Palabra divina. La fe obediente es la forma que asume su vida en cada instante ante la acción de Dios. Virgen a la escucha, vive en plena sintonía con la voluntad divina; conserva en su corazón las palabras que le vienen de Dios y, formando con ellas como un mosaico, aprende a comprenderlas más a fondo (cfr. Lc 2,19.51). María es la gran creyente que, llena de confianza, se pone en las manos de Dios, abandonándose a su voluntad” (SCa 33).

De este modo, el itinerario contemplativo de la Palabra es eminentemente mariano y se concreta en el “sí” del hombre al “sí” de Dios: “La auténtica hermenéutica de la Biblia sólo es posible en la fe eclesial, que tiene su paradigma en el sí de María” (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n.29).

1: LA ARMONÍA DE LA REVELACIÓN Y DE LA FE EN EL CORAZÓN DE MARÍA Y DE LA IGLESIA

Los textos escriturísticos están relacionados estrechamente con la fe eclesial vivida, celebrada, anunciada. La armonía de la revelación y de la fe sólo se puede captar con un corazón unificado por el amor, que sea capaz de armonizar todos los aspectos sin relativizarlos.

Se puede decir que el creyente, como el “discípulo amado”, por el hecho de vivir en sintonía con la Madre de Jesús (junto a la cruz), se hace capaz (siempre bajo la acción de la gracia) de “mirar” (“contemplar”) el misterio de Cristo y de anunciarlo a los demás. La dinámica de la redacción del evangelio de Juan se puede resumir en la expresión “hemos visto su gloria” (Jn 1,14).

Esta realidad tuvo lugar de modo especial en el Corazón de María, puesto que fue en ella donde “el Verbo se hizo carne” (Jn 1,14). Nadie como ella captó que todo el misterio de Jesús es “don” de Dios Amor: “De tal manera amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo único” (Jn 3,16). Ella era el prototipo de la “maternidad” respecto a Jesús: “Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen” (Lc 8,21). Así comenta Benedicto XVI la afirmación del Señor: "Jesús muestra la verdadera grandeza de María, abriendo así también para todos nosotros la posibilidad de esa bienaventuranza que nace de la Palabra acogida y puesta en práctica. Por eso, recuerdo a todos los cristianos que nuestra relación personal y comunitaria con Dios depende del aumento de nuestra familiaridad con la Palabra divina" (VD 124).

La “Lectio Divina” se concreta en auscultar la Palabra de Dios (personificada en Jesús) con una actitud contemplativa imitada del discípulo amado (cfr. Jn 13,23.25; 21,20). Juan es, al mismo tiempo, el prototipo de aceptación de la maternidad espiritual de María: "Los Evangelios son las primicias de toda la Escritura, y el Evangelio de Juan es el primero de los Evangelios; ninguno puede percibir el significado si antes no ha posado la cabeza sobre el pecho de Jesús y no ha recibido a María como Madre".⁵

Esta actitud contemplativa, eminentemente cristológica y mariana, hace posible “ver” a Jesús en los signos pobres de un sepulcro vacío (cfr. Jn

⁵ ORÍGENES (+254), *Comentario al evangelio de Juan*, 1,6: PG 14, 31; citado en RMa 23. nota 47.

20,8) y en la bruma del lago (cfr. Jn 21,7). María es “Madre del amor hermoso”, personificado en Cristo crucificado, que “es amor en su forma más radical” (DCe 12). Ella, por su actitud “de pie junto a la cruz” (Jn 10,15), “miró” a Cristo, ya muerto y con su costado abierto, y se adentró como nadie en su interioridad y en su misterio. Por esto, “poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, del que habla Juan (cf. 19, 37), ayuda a comprender que ... « Dios es amor » (1 Jn 4, 8)... Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar” (DCe 12).

El modo de contemplar de María es la pauta para la contemplación de la Iglesia, armonizando todos los contenidos de la revelación y de la fe, sin entrar necesariamente en expresiones técnicas. La “comprensión” del Misterio de Cristo va más allá de toda expresión y conocimiento teológico (por válido que sea). La pauta mariana que subrayan los Santos Padres y escritores eclesiásticos es la de “escuchar” o “leer”, dejándose sorprender por las palabras y por la persona de Jesús, en relación con toda la Escritura y con los gestos y acontecimientos del momento. “De todas estas cosas, ella podía haber descubierto la grandeza de su Hijo”.⁶

Los comentarios de los Santos Padres sobre la contemplación de María ofrecen gran abundancia de matices: "Los temas de la fe los meditaba en su corazón... y nos da ejemplo"⁷. "María conservaba toda las cosas del Señor en su corazón, tanto los dichos como las acciones"⁸. "Porque amaba a su Hijo, consideraba con afecto materno todas sus palabras en su corazón"⁹. "Era virgen no sólo en su cuerpo, sino también en su mente, la cual nunca falsificó con doblez la sinceridad de sus afectos: Humilde en su corazón..., no era locuaz, sino muy amante de la lectura".¹⁰

Por esto San Agustín podía concluir: "También para María, de ningún valor le hubiera sido la misma maternidad divina, si no hubiera llevado a Cristo

⁶ TEODORO DE MOPSUESTIA (+428). *Comentario al evangelio de Juan* (comenta el texto joánico de Caná, pero alude al texto de Lucas 2,19): CSCO, pp.115-116. Citado en: C.I, GONZÁLEZ, *María en los Padres griegos* (México, CEM, 1993) p.477.

⁷ SAN AMBROSIO (+397), *Sobre Lucas II*, 54: CCL 14,54.

⁸ Ídem, *Comentario al Salmo 118*, 12,1: PL 15, 1361A

⁹ Ibídem, 13,3: PL 15, 1452

¹⁰ Ídem, *Sobre las Vírgenes*, 2,7: PL 16,209.

más felizmente en su corazón que en su carne"¹¹. Su actitud de fe contemplativa era virginal y materna. "Primero se realiza la venida por la fe en el corazón de la Virgen, y luego sigue la fecundidad en el seno materno"¹². "María es más dichosa por ser discípula de Cristo que por ser madre de Cristo"¹³.

El esquema contemplativo de la "Lectio Divina", desde el Corazón de María, es el que describe también San Jerónimo, con la dinámica de escuchar, ver y recordar: "Meditando en su corazón, se daba cuenta que las cosas leídas se armonizaban con las palabras del ángel... Veía al niño recostado... aquel que era el Hijo de Dios... Lo veía recostado y ella meditaba las cosas que había oído, las que había leído y las que veía"¹⁴.

En realidad, ésta era la actitud de "escucha" que María había aprendido desde su infancia, resumida en la expresión "shema", casi como resumen del Antiguo Testamento (Deut 6,4-9; cfr. Deut 11,13-21; Num 15,37-41), que llega a su *cumplimiento o plenitud* en el Nuevo Testamento (cfr. Lc 1,38; 8,21). Por esto, Isabel alaba la fe contemplativa de María, que es garantía de cumplimiento de la obra mesiánica: "¡Feliz la que ha creído que se *cumplirían* las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!" (Lc 1,45).

Las palabras son siempre portadoras de algo más que un sonido e incluso más que una idea. Cuando el evangelio de San Lucas dice que María "meditaba en el corazón" (Lc 2,19), deja entender una actitud profundamente vivencial. Hasta la misma palabra "meditar" (*sym-ballousa*), tiene el sentido de "acoger" valorando un mensaje o un acontecimiento, pero como quien compromete en ello el corazón y la vida. Entonces se "confrontan" palabras y hechos para captar mejor la voluntad divina y para responder con fidelidad.

María meditaba las palabras de Jesús, poniéndolas "con" y "juntamente" (*sym*) para "confrontar" (*ballousa*), como quien busca y espera encontrar una

¹¹ SAN AGUSTÍN (+430), *Sobre la virginidad*, 3: PL 40, 398 (comenta Lc 11,27-28: "son más bien bienaventurados"...).

¹² Idem, *Sermón* 293,1: PL 39,1327-11328.

¹³ Idem, *Sermón* 25, 7 y 19, 26: PL 46, 437.

¹⁴ SAN JERÓNIMO (+420), *Homilía sobre la Natividad del Señor*: CCL 78, 527. "Conferebat quae audierat, quaeque legebat (las profecías) cum his quae videbat" (el niño recién nacido).

nueva luz. La expresión puede significar la actitud “espiritual” de “rumiar” o “masticar” algo, de modo repetitivo y sincrónico, al compás de los latidos del propio corazón, como quien busca, encontrar un nuevo sabor espiritual.

La actitud contemplativa de María, figura de la Iglesia, es actitud de poner en relación, como quien armoniza los diversos datos de la fe y de la revelación. Entonces se combinan con nueva luz "todas las palabras" ("pantha ta rhemata", Lc 2,19), es decir, todo el mensaje evangélico que ilumina los acontecimientos de la historia de salvación.

La actitud de “escucha” equivale prácticamente a decidirse a “amar a Dios”, “con toda el alma y toda la mente” (Deut 6,4-5). Propiamente es Dios mismo quien busca ser escuchado, porque es un padre cariñoso que ofrece y pide amor, mientras hace posible la respuesta.

Cada texto de la Escritura, con esta actitud mariana y eclesial contemplativa, podría “rumiarse” como la Santísima Virgen en Belén: María comparaba lo que había *oído* del ángel por medio de los pastores (cfr. Lc 2,10-12.17), con lo *leído* en la Escritura (e.g. Is 9,5: “nos ha nacido un niño”) y lo *visto* en aquel momento (Lc 2,7: el niño recién nacido “envuelto en pañales y reclinado en un pesebre”).

Todo esto es una tarea del “corazón”, a modo de adhesión y relación vivencial. En el texto evangélico sobre el “corazón” de María, aflora una interioridad traducida en convicciones, motivaciones, decisiones o actitudes, y en armonía con gestos silenciosos, como el gesto materno (acompañado por la mirada) de poner al niño en la cuna (cfr. Lc 2,7). Los gestos maternos y contemplativos de María son paradigmáticos para la Iglesia, también madre: “Nadie se ha dedicado con la asiduidad de María a la contemplación del rostro de Cristo. Los ojos de su corazón se concentran de algún modo en Él ya en la Anunciación, cuando lo concibe por obra del Espíritu Santo; en los meses sucesivos empieza a sentir su presencia y a imaginar sus rasgos. Cuando por fin lo da a luz en Belén, sus ojos se vuelven también tiernamente sobre el rostro del Hijo, cuando lo «envolvió en pañales y le acostó en un pesebre» (Lc 2, 7)” (RVM 10).

El arco de doce años entre el nacimiento y la pérdida de Jesús en el templo, indica una *actitud habitual* de María: “María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón” (Lc 2, 19: en Belén). “Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón” (Lc 2, 51, a los doce años). Custodiaba un tesoro, que iba recordando, releendo y valorizando de un

modo siempre nuevo, como si la Palabra (el mismo Jesús) creciera en y con ella.

Es una actitud contemplativa que ya se había manifestado en la Anunciación (cuando “discurría”: Lc 1,29) y que se explicitó más en el himno del “Magnificat”. Es actitud de “admiración” compartida con San José (Lc 2,33), que supone un deseo y una “búsqueda” continua de la voluntad de Dios (Lc 2,45.48).

Contemplar en el “corazón” es, pues, una lectura “orada”, como quien “saborea” la Palabra dejándose sorprender por todo su misterio, sin querer abarcarlo ni manipularlo. Es la sabiduría de quien sigue buscando humilde y confiadamente, porque ya ha encontrado una luz que deslumbra en medio de la oscuridad. María relacionaba las palabras de Jesús (cfr. Lc 2,51) con la Ley, los salmos y los profetas, descifrando el nuevo sentido de los acontecimientos de la historia de salvación.

La fe de María era contemplativa y vivencial . Es la “fe con la que Ella, protagonista y testigo singular de la Encarnación, volvía sobre los acontecimientos de la infancia de Cristo, confrontándolos entre sí en lo hondo de su corazón (cfr. Lc 2,19.51)”.¹⁵

La armonía de la revelación y de la fe en el itinerario de la Lectio Divina, se basa en su contenido cristológico, porque Cristo es el centro de la creación y de la historia de salvación. Es un camino de "comunidad vital con Jesús" (RVM 2), para entrar en sintonía con "los misterios del Señor, a través del Corazón de aquella que estuvo más cerca del Señor" (RVM 12). En el Corazón contemplativo de María encontramos el eco de todo el evangelio. Siempre buscamos “en su Corazón el fruto de su vientre” (RVM 24), es decir, el mismo Jesús en armonía de “sentimientos” (Fil 2,5).

La Iglesia, imitando la actitud de fe contemplativa de María, experimenta la actualización de su presencia materna y cercana que invita como en Caná: “Haced lo que él os diga” (Jn 2,5). Entonces la Iglesia, como el discípulo amado, la recibe “en su casa”, es decir, “en comunión de vida” (RMA 45, nota 130). Los “episodios principales de la vida de Jesucristo nos ponen en comunión vital con Jesús, a través de Corazón de María” (RVM 2). Así aprendemos a “contemplar con María el rostro de Jesús” (RVM 3).

¹⁵ PABLO VI, *Marialis cultus* (1974) 17. Ver todo el documento en: AAS 66 (1974) 113-168.

Juan Pablo II invitó repetidamente a imitar la actitud contemplativa de María. Así en la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte* (6 enero 2001), al clausurar el gran Jubileo del año 2000: "Hemos de imitar la contemplación de María, la cual, después de la peregrinación a la ciudad santa de Jerusalén, volvió a su casa de Nazaret meditando en su corazón el misterio del Hijo (cfr. Lc 2,51)" (NMI 59).

Con ocasión de año dedicado al rosario (octubre 2002-2003), en la carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* (16 octubre 2002), la invitación se concreta en unas pautas que ayuden a entrar en el Corazón ("intimidad") de Cristo, por medio del Corazón de María: "El Rosario en su conjunto consta de misterios gozosos, dolorosos y gloriosos, y nos ponen en comunión vital con Jesús a través – podríamos decir – del Corazón de su Madre" (RVM 2). Es "la meditación de los misterios de la vida del Señor" (RVM 12). "Haciendo nuestras en el Ave Maria las palabras del ángel Gabriel y de santa Isabel, nos sentimos impulsados a buscar siempre de nuevo en María, entre sus brazos y en su corazón, el «fruto bendito de su vientre» (cfr. Lc 1, 42)" (RVM 24).¹⁶

En la liturgia eucarística, al recordar a María, la Iglesia quiere adoptar su misma actitud contemplativa y oblativa: "Padre... haz que, siguiendo su ejemplo, sepamos custodiar y meditar siempre en el corazón los tesoros de gracia de tu Hijo".¹⁷

La fe contemplativa de María y de la Iglesia se traduce en actitudes de caridad: "El Espíritu Santo, que hizo presente al Hijo de Dios en la carne de María, dilató su corazón a las dimensiones del corazón de Dios y le impulsó por la vía de la caridad... Jesús apenas ha comenzado a formarse en el seno de María, pero su Espíritu ya ha llenado su corazón... es el mismo Jesús el que «impulsa» a María, infundiéndole el ímpetu generoso

¹⁶ La invitación se va repitiendo insistentemente: "Nadie se ha dedicado con la asiduidad de María a la contemplación del rostro de Cristo. Los ojos de su corazón se concentran de algún modo en Él ya en la Anunciación, cuando lo concibe por obra del Espíritu Santo" (RVM 10). "María vive mirando a Cristo y tiene en cuenta cada una de sus palabras: « Guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón » (Lc 2, 19; cfr. 2, 51). Los recuerdos de Jesús, impresos en su alma, la han acompañado en todo momento" (RVM 11).

¹⁷ Oración del ofertorio, Misa del Corazón Inmaculado de la B.V. María. Ver en el *Misal Mariano*, formulario n.28.

de salir al encuentro del prójimo que tiene necesidad, el valor de no poner por delante las propias y legítimas exigencias, dificultades, peligros para su propia vida. Es Jesús quien le ayuda a superar todo dejándose guiar por la fe que actúa por la caridad”.¹⁸

La imitación de la actitud de María “discípula”, que escucha la Palabra, “crea comunión y educa a un estilo de vida compartida y solidaria, en fraternidad, en atención y acogida del otro, especialmente si es pobre o necesitado” (*Aparecida* 272). Ella, por haber recibido la Palabra en lo más hondo de su corazón, es la discípula más perfecta: “La máxima realización de la existencia cristiana como un vivir trinitario de «hijos en el Hijo» nos es dada en la Virgen María quien, por su fe (cfr. Lc 1, 45) y obediencia a la voluntad de Dios (cfr. Lc 1, 38), así como por su constante meditación de la Palabra y de las acciones de Jesús (cfr. Lc 2, 19.51), es la discípula más perfecta del Señor” (*Aparecida* 266).¹⁹

2: CONTEMPLAR LOS LATIDOS DEL CORAZÓN DE CRISTO EN CADA PALABRA DEL EVANGELIO

Todo el evangelio ha quedado grabado en el Corazón de María, como “memoria” de la Iglesia de todos los tiempos. Ella es “la Virgen que escucha, que vive de la Palabra de Dios, que guarda en su corazón las palabras que le vienen de Dios y, uniéndolas como en un mosaico, aprende a comprenderlas (cfr. Lc 2, 19. 51)... Ella es la casa viva de Dios, que no habita en edificios de piedra, sino en el corazón del hombre vivo”.²⁰

Por su “docilidad incondicional a la Palabra divina”, la Virgen Inmaculada, “María de Nazaret, desde la Anunciación a Pentecostés, aparece como la persona cuya libertad está totalmente disponible a la voluntad de Dios” (SCa 33). Es el itinerario que quiere seguir la Iglesia.

¹⁸ BENEDICTO XVI, *Alocución* al concluir el mes mariano, viernes 1 de junio de 2007, en la gruta de Lourdes, jardines del Vaticano.

¹⁹ *Aparecida* es el documento conclusivo de la Vª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, celebrada en Aparecida (Brasil), 13-31 mayo 2007. El documento ofrece un amplio apartado sobre María como “discípula misionera” (apartado 6.1.4, nn.266-272).

²⁰ BENEDICTO XVI, *Homilía* 8 diciembre 2005 (40º de la clausura del Vaticano II).

El hecho de haber escuchado y meditado en su Corazón las últimas palabras de Jesús en la cruz, forma parte de esta “memoria” mariana y eclesial. La realidad de un Dios con un corazón humano, “manso y humilde” (Mt 11,29), encuentra eco en el Corazón de María y de la Iglesia, como respuesta a los problemas de la humanidad de todos los tiempos.

La “mirada” hacia Cristo crucificado, a la que invita San Juan (cfr. Jn 19,37), actualizaba en María su actitud de “admirar” (Lc 2,33) o de dejarse sorprender por Dios, para entrar más profundamente en el misterio de Cristo Redentor, el “Cordero de Dios que quita los pecados del mundo” (Jn 1,29.36; Mt 1,21), el “siervo” fiel y el “varón de dolores” (Is 42, 1 y 53,3). En la Iglesia primitiva (donde había vivido María) resonaron las palabras de San Pedro comentando estos mismos contenidos salvíficos: “Sobre el madero llevó nuestros pecados, en su cuerpo, a fin de que, muertos a nuestros pecados, viviéramos para la justicia; con cuyas heridas habéis sido curados. Erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras almas” (2Pe 2,24-25).

Esta actitud era habitual en María, siempre a modo de “búsqueda dolorosa”, como cuando el Niño se había perdido en Jerusalén (cfr. Lc 2,48). San Efrén la describe pronunciando estas palabras: “Tu padre y yo, afligidos, con el corazón en la boca, íbamos y nos movíamos, buscándote a ti”.²¹

El hecho de “estar de pie junto a la cruz” (Jn 19,25), cuando había llegado “la hora” de Jesús, indica una asociación sponsal de quien es “la mujer”, figura de la Iglesia esposa. Así la describe el concilio con una de las afirmaciones más teológicas y profundas de los textos conciliares: “La Bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la Cruz, en donde, no sin designio divino, se mantuvo de pie (cfr. Jn 19, 25), se condolió vehementemente con su Unigénito y se asoció con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima engendrada por Ella misma” (LG 58).

El Papa Benedicto XVI, refiriéndose al contenido mariano de la *Lumen Gentium* (cap.VIII), presenta a María como signo de esperanza: “Como Madre que se compadece, María es la figura anticipada y el retrato permanente del Hijo. Y así vemos que también la imagen de la Dolorosa, de la Madre que comparte el sufrimiento y el amor, es una verdadera imagen de

²¹ SAN EFRÉN (+373), *Himno sobre la Natividad*, 4,130.

la Inmaculada. Su corazón, mediante el ser y el sentir con Dios, se ensanchó. En Ella, la bondad de Dios se acercó y se acerca mucho a nosotros. Así, María está ante nosotros como signo de consuelo, de aliento y de esperanza".²²

Toda la vida de María era una "mirada" contemplativa de su Corazón, que penetraba el misterio de la vida de Cristo como vida donada por amor (cfr. Jn 10,17; 15,13), expresada con el derramamiento de la "sangre" que en su seno había formado el Espíritu Santo (cfr. Lc 1,35), como "sangre" redentora capaz de comunicar el "agua" viva o vida nueva (cfr. Jn 4,14; 7,38-38; 19,34). Ella recibió en sus brazos y en su Corazón el cuerpo inmolado de Jesús: "Finalmente, ella es quien recibe en sus brazos el cuerpo entregado, ya exánime, de Aquél que de verdad ha amado a los suyos « hasta el extremo » (Jn 13,1)" (SCa 33).

Estas realidades dolorosas y salvíficas, las vivió María con fe, esperanza y amor, "recordando" los mensajes recibidos anteriormente: "Probablemente habrás escuchado de nuevo en tu interior en aquella hora la palabra del ángel, con la cual respondió a tu temor en el momento de la anunciación: « No temas, María » (Lc 1,30)" (*Spe Salvi* 50). En realidad, la "espada" rasgó, con dolor y gozo, el velo de los acontecimientos de la vida del Señor, haciendo más evidente su misterio de encarnación redentora y de cumplimiento en plenitud de todas las esperanzas mesiánicas.

El misterio de dolor, contemplado a la luz de la fe, dejaba entrever el misterio de glorificación, siempre anunciada por Jesús. También María estaba acostumbrada a recitar los salmos en la armonía de la fe y de la revelación: "No dejarás a tu santo conocer la corrupción" (Sal 15,10; cfr. Hech 2,27, sermón de Pedro en Pentecostés, rodeado por la comunidad primitiva en la que estaba presente María, según Hech 1,14ss). Jesús explicó a los dos discípulos, en el camino de Emaús, el significado de las profecías: "Era necesario que Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria" (Lc 24,26). Al aparecer de nuevo en el cenáculo, Jesús se remitió también a los profetas y a "los salmos" (Lc 24,44).²³

²² BENEDICTO XV, *Homilía*, 8 diciembre 2005 (40º clausura del Vaticano II).

²³ La tradición popular sobre la Virgen Dolorosa, ha quedado reflejada en un himno litúrgico *Stabat Mater*: "La Madre piadosa estaba - junto a la cruz y lloraba - mientras el Hijo pendía, - cuya alma, triste y llorosa - traspasada y dolorosa - fiero cuchillo tenía" (Fiesta de la Virgen Dolorosa,

Es importante recordar que esta actitud contemplativa de María, en el dolor y en la esperanza, ha sido mencionada frecuentemente por los escritores eclesiásticos ya desde los primeros siglos: "¿Quién podría contar los innumerables golpes que, en esta circunstancia, atravesaron el corazón de la Madre?... Con una inmovible fuerza interior miraba al Hijo. ¡Se desgarró el corazón de su Madre! ... Entonces una espada más penetrante se clavó en el corazón de la Virgen... Bajo su mirada, los soldados abrieron el purísimo costado del Hijo (cfr. Jn 19,34)... La Madre exánime y participando en los sufrimientos del Hijo... con el alma hecha pedazos... Abriendo el costado de la fuente de la vida de aquel que quiso que de su costado brotara para nosotros una perenne inmortalidad".²⁴

En las exposiciones patrísticas, el tema del Corazón de María, atravesado por la espada, sirve de clave para entrar en la pasión del Señor. "¡Oh Madre del Señor, en tu corazón ha penetrado la espada que Simeón te había profetizado. Entonces se clavaron en tu corazón los clavos que perforaron las manos del Señor... los innumerables sufrimientos y heridas del Hijo repercutían en tu corazón".²⁵

Ella vivió siempre en sintonía con los sentimientos o latidos del corazón de su Hijo, como "Maestra en la contemplación del rostro de Cristo " (*Ecclesia de Eucaristía*, n.53). Su corazón contemplativo es el que vive más en

15 septiembre). En la tradición oriental, se canta a María que espera con fe dolorosa la resurrección del Señor (cfr. himno "acathistos").

²⁴ JORGE DE NICOMEDIA (+870), *Homilía* 8, María de pie junto a la cruz: PG 100, 1457-1489. Pío XII, al describir el Corazón de María, también relaciona la espada profetizada por Simeón y la lanza que atravesó el costado de Cristo en la cruz: "El fiat de la Encarnación, su colaboración en la obra de su Hijo... y esa muerte del alma que experimentó en el martirio, habían abierto el Corazón de María al amor universal de la humanidad" (*Alocución* 17 julio 1954: AAS 46. 1954, 491).

²⁵ SAN MÁXIMO CONFESOR (+662), *Vida de María*, VII, n.78: CSCO 478-479. "Su costado recibió el golpe de la lanza para derramar sobre nosotros la salvación, como verdadera fuente de agua y de sangre, por la que se nos comunica el Espíritu Santo... La espada que traspasó el costado de Cristo, hirió también a María en el corazón... Recogió con reverencia y firmeza la sangre y el agua que salían del costado del dispensador de la vida" (*Ibíd.*, n.85).

sintonía con el de Cristo. Pero en la noche de la fe, ella tenía que descubrir su verdadero rostro de Hijo de Dios hecho hombre.

María "contemplaba en su corazón" las palabras y los acontecimientos salvíficos. El nombre de "Jesús", del que le habló el ángel ("vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús": Lc 1,31), estaba relacionado con la redención de los pecados, según la aclaración hecha por el ángel a San José: "Porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt 1,21). "Todo" lo que ella contemplaba de Jesús (cfr. Lc 2,19) tenía sentido salvífico. María vivió siempre pendiente de "la hora" de Jesús (cfr. Jn 2,4; 12,23.27; 13,1; 17,1), es decir, vivió "mirando a Jesús" (RVM 11).

Los Santos Padres comparan el sepulcro que contenía el cuerpo de Jesús, con el Corazón o seno virginal de María: "Este sepulcro nuevo puede representar también el seno virginal de María"²⁶. La realidad del sepulcro era un símbolo de su corazón, que vivía de la fe (a la vez, oscura y luminosa). En esos momentos, "no se alejaba nunca del sepulcro del Señor, su morada era allí donde él había apoyado la cabeza, su almohada era la piedra"²⁷.

María fue viviendo los acontecimientos que siguieron a la muerte del Señor: el descenso de la cruz y la deposición en el sepulcro, envolviendo el cuerpo de Jesús con una "sábana": "Después de descolgarle, (José de Arimatea) le envolvió en una sábana y lo puso en un sepulcro excavado en la roca en el que nadie había sido puesto todavía" (Lc 23,53). María, una vez más, siguiendo su actitud habitual, relacionó lo que veía, con otros hechos de la vida de Jesús y con las profecías: "Lo envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada" (Lc 2,7).²⁸

²⁶ SAN JERÓNIMO (+420), *Comentario al evangelio de Mateo*, 4,27, 59-60: CCL 77, 278.

²⁷ SAN MÁXIMO CONFESOR (+662), *Vida de María*, n.96, en TPM, II, p.259.

²⁸ Un escritor oriental describe a la Virgen Dolorosa, ante el sepulcro, pidiendo a su Hijo que lo pueda acoger de nuevo en sus entrañas para sepultarlo en su corazón: "¿Por qué no puedo esculpir para ti un sepulcro más secreto, y poder acogerte de nuevo en mis entrañas y sepultarte en mi corazón?" (SIMEÓN METAFRASTE - c.1000 - , *Vida de María*, Homologion, 964-965). "¡Mientras tu costado quedaba abierto, al mismo tiempo quedaba traspasado mi corazón!... He muerto contigo y he sido sepultada contigo" (Idem, *El llanto de María*: PG 114, 201-217).

La comparación entre el seno de María y el sepulcro ha servido a los autores espirituales posteriores para invitar a la intimidad con Cristo: "Tras nos anduviste desde que naciste del vientre de la Virgen, y te tomó en sus brazos, y te reclinó en el pesebre, hasta que las mismas manos y brazos de ella te tomaron, cuando te quitaron muerto de la cruz, y fuiste encerrado en el santo sepulcro como en otro vientre".²⁹

Los salmos 21 y 68, que ella ya había recitado frecuentemente con anterioridad, describen los sufrimientos del futuro redentor: ultrajes, crucifixión, repartición de sus vestidos, sed... Solamente al llegar a estos momentos culminantes de la pasión, ella podría captar algo de su significado, puesto que el mismo Espíritu Santo, que inspiró aquellos textos, obraba en el Corazón de María haciéndole intuir la intimidad y vivencia de su Hijo. La fe "oscura", vivida por María, ayuda a intuir el misterio con una nueva luz, porque "para Dios no hay nada imposible" (Lc 1,37).

3: MARÍA MEMORIA DE LA IGLESIA EN UN CAMINO DE FE CONTEMPLADA, CELEBRADA, VIVIDA Y TESTIMONIADA

El evangelio de Juan es una narración contemplativa y, a la vez, objetiva de los hechos y de las palabras de Jesús. Narra lo que él "había visto y oído... el Verbo de la vida" (1Jn 1,1s). María "vio", a través de los gestos y palabras de Jesús, contemplando en su corazón, mucho más que el discípulo amado, para legarlo a la Iglesia por los caminos de la contemplación o de la "comunidad de vida" con ella.

En María encontramos la "memoria" de la Iglesia en su camino contemplativo, celebrativo, vivencial y misionero. "En el tabernáculo del vientre de María, Cristo demoró nueve meses, en el tabernáculo de la fe de la Iglesia permanece hasta el fin del mundo, en el conocimiento y en el amor del alma fiel queda para la eternidad".³⁰

²⁹ SAN JUAN DE ÁVILA (+1569), *Audi filia*, cap. 69. Todos los momentos de la pasión y de la sepultura repercutían en su Corazón; por esto, aunque con su "cuerpo se iba alejando del sepulcro, mas el Corazón se quedaba dentro" (Sermón 67).

³⁰ ISAAC DE STELLA (+1169), *Sermón 51*: PL 194, 1865.

María, “la madre de Jesús” (Jn 2,1), “la mujer” (Jn 2,3.5 y 19,26; Gal 4,4; Apoc 12,1), personifica a Israel (antiguo y nuevo), fiel a la Alianza, con la misión de comunicar a todos a la fe explícita y comprometida.

María ayuda a la Iglesia a seguir este itinerario de “leer a Dios” (Lectio Divina), señalando una dimensión sapiencial, a modo de círculos concéntricos y armónicos: actitud de dejarse sorprender (lectura), apertura para dejarse cuestionar (meditación), confianza para rogar (oración, petición), entrega de donación plena (unión), siempre para servir en la caridad y para proclamar en la misión.

Es el itinerario de una Iglesia que recibe la Palabra con y como María, calcado en las líneas bíblicas de los textos marianos del Nuevo Testamento: 1º Dejarse sorprender por la Palabra y acontecimientos de Jesús (el don se recibe tal como es) (cfr. Lc 2,19.51). 2º Admirar, alegrarse, respetar los nuevos proyectos de Dios (cfr. Lc 1,29; 2,33). 3º Sentirse necesitado, con actitud de pobreza bíblica y confianza filial (cfr. Lc 1,48, “esclava”, pobre”). 4º Vivir en sintonía con Cristo en silencio de donación (cfr. Jn 19,25ss). 5º Servir según el proyecto-voluntad de Dios (“vida escondida” (cfr. Lc 8,21; 11,28, “mi madre”). 6º A modo de “cenáculo” misionero permanente, en sintonía con los sentimientos de María (cfr. Hech 1,14).

Acoger vivencialmente y de modo comprometido las exigencias evangélicas de la moral cristiana, como recordaba Juan Pablo II, supone un “conocimiento de Cristo vivido personalmente” (VS 88). El dogma y la moral cristiana no se captan, si no es en sintonía con Cristo, con deseos sinceros de santidad y de misión. María, “acogiendo y meditando en su corazón acontecimientos que no siempre puede comprender (cfr. Lc 2, 19), se convierte en el modelo de todos aquellos que escuchan la palabra de Dios y la cumplen (cfr. Lc 11, 28) y merece el título de «Sede de la Sabiduría». Esta Sabiduría es Jesucristo mismo, el Verbo eterno de Dios, que revela y cumple perfectamente la voluntad del Padre (cfr. Heb 10, 5-10)” (VS 120)

Los textos del Nuevo Testamento no se pueden entender si no es en sintonía armónica con el conjunto de la revelación y de la fe. La comunidad eclesial primitiva, de la que formaba parte “la Madre de Jesús” (Hech 1,14), al recibir los textos escritos, ya había oído muchas veces sus contenidos por medio de la predicación apostólica. María, unida a la comunidad eclesial, era una “memoria” viviente de todos los acontecimientos salvíficos de Jesús. El Jesús descrito en los evangelios, meditados en el corazón como María, era el mismo Jesús histórico y salvífico a la vez.

Por este itinerario contemplativo vivido con María, la comunidad eclesial se hace “comuni3n”, como signo colectivo de Cristo “en medio” (Mt 19,20), y al mismo tiempo realiza su “misi3n” de anunciar a Cristo nacido de María. En el Coraz3n de María, la Iglesia encuentra “el vaso y recept3culo de todos los misterios”.³¹

En la comunidad eclesial de todos los tiempos se ha vivido el encargo de Jes3s: “He aqu3 a tu Madre” (Jn 19,27). En ella, la “primera disc3pula” (*Aparecida* 25), la Iglesia aprende a contemplar el misterio de Cristo. La Iglesia ha recibido esta herencia contemplativa de María, que es la “memoria” de un amor materno hacia Cristo. María meditaba las palabras de Jes3s en su Coraz3n porque “las consideraba con afecto materno”, como parte de sus mismas entrañas.³²

Esta “contemplaci3n” de María, que se puede concretar tambi3n en su actitud de pie junto a la cruz, es la base de su nueva maternidad, como modelo de la maternidad eclesial: “Estuvo de pie (cfr. Jn 19,25), sufri3 intensamente con su Hijo y se uni3 a su sacrificio con coraz3n de Madre que, llena de amor, daba su consentimiento a la inmolaci3n de su Hijo como v3ctima” (LG 58).

La Iglesia sigue unida en sinton3a con los sentimientos de la oraci3n de María (cfr. Hech 1,14), como itinerario de perfecci3n y de misi3n: “Los fieles encomiendan a María, Madre de la Iglesia, su vida y su trabajo. Esforz3ndose por tener los mismos sentimientos de María, ayudan a toda la comunidad a vivir como ofrenda viva, agradable al Padre” (SCa 96).

En este itinerario contemplativo de la Palabra, siempre en relaci3n con la Eucarist3a y con la caridad fraterna, “Mar3a de Nazaret” se muestra como

³¹ PS. GREGORIO TAUMATURGO, *Homil3a sobre la Anunciaci3n*, 2: PG 10, 1169C.

³² SAN AMBROSIO (+397), *Homil3a sobre el Salmo 118*, 13,3: PL 15, 1452. El santo obispo de Mil3n invitaba a cantar los salmos como lo hac3a María, desde lo hondo de su coraz3n: “No cantas para un hombre, sino para Dios, y como hac3a María, med3talo en tu coraz3n” (Idem, *Sobre las Virgenes*, 102: PL 16, 345). El coraz3n del creyente se hace eco del alma o Coraz3n de María: “Que el alma de María est3 en cada uno para alabar al Se3or; que su esp3ritu est3 en cada uno para que se alegre en Dios” (Idem, *Sobre el evangelio de Lucas*, II, 26: CSEL 32, IV, 15,16).

“icono de la Iglesia naciente” (SCa 33) y de la Iglesia de todas las épocas históricas.³³

En la meditación de la Palabra, especialmente cuando se relaciona con la Eucaristía celebrada o contemplada, se experimenta la presencia materna y activa de María: “A su bondad materna, así como a su pureza y belleza virginal, se dirigen los hombres de todos los tiempos y de todas las partes del mundo en sus necesidades y esperanzas, en sus alegrías y contratiempos, en su soledad y en su convivencia. Y siempre experimentan el don de su bondad; experimentan el amor inagotable que derrama desde lo más profundo de su corazón” (DCe 42). “Por esto, cada vez que en la liturgia eucarística nos acercamos al Cuerpo y Sangre de Cristo, nos dirigimos también a Ella que, adhiriéndose plenamente al sacrificio de Cristo, lo ha acogido para toda la Iglesia” (SCa 33).

La Iglesia encuentra en el Corazón de María la "memoria" de todo el evangelio: "Ella fue para la Iglesia de entonces y de siempre un testigo singular de los años de la infancia de Jesús y de su vida oculta en Nazaret, cuando conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón" (RMa 26). Por esto, María "está en el corazón de la Iglesia" (RMa 27), que diariamente canta el "Magnificat" mariano, por ser "el éxtasis de su corazón" (RMa 36). "El cántico del Magnificat, salido de la fe profunda de María en la visitación, no deja de vibrar en el corazón de la Iglesia a través de los siglos" (RMa 35).

Entonces se vislumbra mejor el sentido contemplativo y fecundo (materno) de la “virginidad” de María: "La virginidad y la fe profunda atrajeron a Cristo hacia lo más íntimo de su corazón; y así la madre lo custodió en lo escondido de sus miembros intactos"³⁴. El corazón de la Iglesia quiere imitar al "Corazón puro e inmaculado de María, que ve y desea al Dios todo santo".³⁵

³³ La expresión de Benedicto XVI, “icono de la Iglesia naciente”, recuerda el título de una publicación suya anterior: J. RATZINGER, *Maria Kirche im Ursprung* (Freiburg, Johannes Verlag Einsiedeln, 1997).

³⁴ PRUDENCIO (+405), *Apoteosis*, 581: PL 59,978.

³⁵ SAN JUAN DAMASCENO (+749) *Homilía sobre la Natividad de la Virgen María*, I,9: PG 96, 676C.

La oración de San Luís M^a Grignon de Montfort tiene este sentido contemplativo y cristológico de intimidad: "Soy todo tuyo y todas mis cosas son tuyas. Entra en todo mi ser. ¡Préstame tu corazón, María!".³⁶

La contemplación mariana de la Iglesia ha pasado a los textos litúrgicos, que invitan a vivir en sintonía con Cristo, desde el Corazón materno de María: "Tú has dado a la Santísima Virgen María un corazón sabio y dócil, dispuesto a seguir cualquier indicación de tu voluntad; un corazón nuevo y manso, en el que has esculpido la ley de la nueva Alianza; un corazón sencillo y puro que ha merecido acoger a tu Hijo y gozar de la visión de su rostro; un corazón fuerte y vigilante, que ha sostenido con valor la espada del dolor y la esperado con fe el alba de la resurrección".³⁷

Uno de los momentos clave de la contemplación fecunda de María fue el hecho de escuchar directamente las últimas palabras de Jesús en la cruz. Ya hemos hecho alguna referencia más arriba, pero esta actitud mariana ha sido recordada continuamente por la Iglesia de todos los tiempos.

El gesto de estar "de pie" indica una actitud interna de "mirar" con fe contemplativa, como repetición o actualización de su "fiat" y de su "Magnificat". Las palabras de Jesús son un resumen de todo el evangelio: perdón (cfr. Lc 23,34), esperanza de salvación (cfr. Lc 23,43), función materna de María y de la comunidad eclesial (cfr. Jn 19,26-27), las ansias o sed de comunicar la salvación a toda la humanidad (cfr. Jn 19,28; Sal 68), la experiencia de abandono o "silencio" de Dios (Mt 25,46); Sal 21), la fidelidad de Jesús a la voluntad divina (Jn 19,30), su confianza inquebrantable en las manos del Padre (Lc 23,46; Sal 30).

³⁶ SAN LUIS M^a GRIGNION DE MONTFORT (1673-1716), *Tratado de la verdadera devoción a María*, 120. El significado cristológico de esta oración nos lo da el mismo santo: "Cuanto más un alma se consagra a ella, más queda consagrada a Jesucristo... Guardad, verted en el seno y Corazón de María todos vuestros tesoros, todas vuestras gracias y virtudes".

³⁷ Misa del Corazón Inmaculado de la B.V. María: *Misal Mariano*, n.28, Prefacio. Como hemos recordado en la presentación, el capítulo mariano de la *Lumen Gentium* indica esta dinámica cristológica de la contemplación mariana de la Iglesia: "La Iglesia, reflexionando piadosamente sobre ella y contemplándola en la luz del Verbo hecho hombre, llena de veneración entra más profundamente en el sumo misterio de la Encarnación y se asemeja más y más a su Esposo" (LG 65).

Son palabras que necesitan encontrar el “corazón bueno” de María, la “primera discípula” (*Aparecida* 25). Eran la “buena semilla” (Mt 13,24), “la semilla de la Palabra de Dios” (Lc 8,11), sembrada “en un corazón bueno y recto” (Lc 8,15), “en tierra buena” (Mt 13,8). Es lo que Jesús deseaba y esperaba de todos sus discípulos: “Después de haber oído, conservan la Palabra con corazón bueno y recto, y dan fruto con perseverancia” (Lc 8,15). María y la comunidad eclesial forman parte de la misma familia de Jesús: “Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen” (Lc 8,21).

María sigue custodiando estas palabras que ahora las medita y revive con nosotros, insertada en nuestra propia biografía personal y eclesial. El misterio del costado abierto, contemplado de corazón a corazón en cada palabra del evangelio, se convierte en el signo definitivo del misterio pascual de Jesús.

El “discípulo amado”, que personifica a todos los discípulos de Jesús, la recibió en “su casa”, es decir, “en comunión de vida” (Jn 19,27). Se recibe a María como Madre, para compartir y anunciar con ella el mensaje de Jesús. Equivale a “mirar”, escuchando de corazón a corazón, el costado abierto de Jesús, por parte de quien, al meditar el evangelio, aprende a “posar la cabeza sobre el pecho de Jesús” (Jn 13,23.25).

La Iglesia aprende la actitud contemplativa de María, relacionando los encargos que ella había recibido en la armonía de la revelación y de la fe: “El Espíritu santo vendrá sobre ti” (Lc 1,35), “¿no sabíais que me había de ocupar en las cosas de mi Padre?” (Lc 2,49), “no ha llegado mi hora” (Jn 2,4), “¿quién es mi madre?” (Mt 12,48; Lc 8,21), “*ahí tienes a tu hijo*” (Jn 19,26). Al recordar las palabras pronunciadas por Jesús en el Calvario, María, ahora acompañando a la Iglesia, las enlaza con todos los misterios de Jesús, desde la Encarnación hasta la Ascensión, para que la Iglesia los viva y anuncie.

CONCLUSIÓN: *Un itinerario de Ejercicios Espirituales como camino de santidad y de misión, a la luz de la Palabra meditada con María*

Las reflexiones que acabamos de exponer tienen como objetivo ayudar a asumir un compromiso personal y comunitario, inspirado en el mismo itinerario vivido por María al contemplar la Palabra de Dios. Ella auscultaba los latidos del Corazón de su Hijo en cada una de sus palabras y de sus gestos.

María, por el hecho de haber sido declarada y donada como Madre de los discípulos de Cristo (que son siempre su “familia” convocada o “iglesia”), es la “memoria” a la que la misma Iglesia se remite continuamente en el momento de meditar las palabras del Señor. Todo el Evangelio sigue resonando en su Corazón materno, para ser comunicado a todos los creyentes de su Hijo.

Decía San Bernardo: “A esta meditación la llamo sabiduría, y para mí la prudencia consiste en ir saboreando en la memoria la dulzura... de la que María disfruta con toda plenitud en el cielo y la derrama abundantemente sobre nosotros”.³⁸

En esta “memoria” contemplativa del Evangelio, la Iglesia encuentra la armonía de la revelación y de la fe. La “conclusión” que propongo no es más que una pauta sencilla para realizar un retiro o unos Ejercicios Espirituales, como *itinerario de “Lectio Divina” en dimensión mariana*.

Puede servir de orientación básica el lema del Beato John Henry Newman: “*El corazón habla al corazón*”. Así lo comentaba el Papa Benedicto XVI al beatificarlo: “El lema del Cardenal Newman, *cor ad cor loquitur*, «el corazón habla al corazón», nos da la perspectiva de su comprensión de la vida cristiana como una llamada a la santidad, experimentada como el deseo profundo del corazón humano de entrar en comunión íntima con el Corazón de Dios”.³⁹

Se trata de *un camino del corazón, emprendido con María* para recibir la “buena semilla” (Mt 13,24ss), en “tierra buena” (Lc 8,8), es decir, en un “corazón bueno” (Lc 8,15). Escuchar, dejarse sorprender, desear, buscar, encontrar, cambiar, servir, contagiar, como María y con ella.

Dios tiene un proyecto irrepetible sobre cada persona creada, llamada a dejarse moldear por la Palabra divina para ser “hijos en el Hijo” (GS 22; Ef 1,5). María, al escuchar el proyecto de Dios sobre ella, “se admiraba” (Lc 1,28), y aceptando que “ninguna cosa es imposible ante Dios” (Lc 1,37), dijo que “sí” (Lc 1,38).

³⁸ SAN BERNARDO, *Sermón sobre el acueducto*: Opera Omnia, 5 (1968) 283.

³⁹ BENEDICTO XVI, *Homilía* durante la celebración eucarística paa la beatificación, Birmingham, 19 septiembre 2010.

La apertura del “corazón” se concreta en recibir el don de la Palabra tal como es, dejándose sorprender por el mensaje y los acontecimientos de Jesús. María, por haber dicho que “sí”, puede seguir invitando: “Haced lo que él os diga” (Jn 2,5).

La escucha de la Palabra tiene que ser con *un corazón humilde y confiado*: “Ha mirado la nada de su esclava... ha hecho en mí cosas grandes” (Lc 1,48-49). Es una fe (cfr. Lc 1,45) concretada en *oración de agradecimiento* (Lc 1,46ss).

Al amor que Dios nos tiene, hace posible la *respuesta generosa de santidad*, según *el programa de las Bienaventuranzas* (cfr. Mt 6). Un “conocimiento de Cristo vivido personalmente” (VS 88), sólo es posible “atesorando” la Palabra de Dios en el corazón como María (cfr. Lc 2,19.51). Es posible “renacer” (Jn 3,5) si se acepta entrar en el “seno” de María como Madre de Cristo y nuestra (Jn 19,26-27).

Para escuchar vivencialmente el mensaje de Jesús y *compartir su mismo estilo de vida*, no se puede anteponer nada a su amor. El “amor apasionado por Cristo” (VC 109), se traduce en el *seguimiento evangélico de Cristo*: “Jesús bajó a Cafarnaún, con su Madre... y sus discípulos” (Jn 2,12). María había aceptado enrolarse en la misma “hora” de Jesús: “Mujer, no ha llegado mi hora” (Jn 2,4; cfr. 19,26).

La meditación de la Palabra es un *camino eucarístico*. El “pan de vida”, que es el mismo Jesús, habla al corazón y se hace presente e inmolado en el sacramento y sacrificio eucarístico. Es el pan que se formó en el seno de María y que se nos “dio” totalmente, en relación con María, figura de la Iglesia, asociada al sacrificio, “de pie junto a la cruz” (Jn 19,25).

No se puede avanzar en este itinerario contemplativo de la Palabra, sin adoptar una actitud de “*silencio*” de *donación*, como de quien *acepta la sorpresa de Jesús resucitado*, que se hace presente bajo signos pobres de Iglesia. Los signos se hacen transparentes de Jesús resucitado también en un sepulcro vacío (cfr. Jn 20,8-18), cuando se observan con la fe de María aprendida por el discípulo amado (cfr. Lc 1,45; Jn 20,29; 21,7).

Desde Pentecostés, la maternidad de María, “Madre de la Palabra”, se actualiza y continúa por medio de la Iglesia (cfr. AG 4). Meditar los misterios de Jesús como María y con ella, como es el caso del Rosario, tiene una “aptitud para desarrollar una oración contemplativa” y una “connatural eficacia para promover la vida cristiana y el empeño apostólico”

(*Marialis Cultus* 42). "Es como ir a la «escuela» de María para leer a Cristo, para penetrar sus secretos, para entender su mensaje" (RVM 14)

El Papa Benedicto XVI, en su exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* (30 septiembre 2010), acogiendo y ampliando las Proposiciones del Sínodo Episcopal sobre la Palabra de Dios, nos da unas indicaciones sapienciales sobre la ejemplaridad de María en el camino de la contemplación de la Palabra: "Es necesario mirar allí donde la reciprocidad entre Palabra de Dios y fe se ha cumplido plenamente, o sea, en María Virgen, «que con su sí a la Palabra de la Alianza y a su misión, cumple perfectamente la vocación divina de la humanidad»... Ella es la figura de la Iglesia a la escucha de la Palabra de Dios, que en ella se hace carne " (VD 27).⁴⁰

NOTA BIBLIOGRÁFICA FINAL:

AA.VV., *Maria modello di contemplazione del mistero di Cristo* (Roma, Ediz. Montfortiane, 2000) (Atti 3° Colloquio Internale di Mariologia, Cesena 1999).

J. ESQUERDA BIFET, *La oración contemplativa en relación a la devoción mariana según el Maestro San Juan de Avila*, en: *De cultu mariano saeculo XVI, Acta Congressus Marialogici Mariani Internationalis Caesaraugustae anno 1979 celebrati*, vol. IV (Romae, PAMI 1983) 325-381. Idem, *El corazón materno de María, memoria de la Iglesia misionera* (México, OMPE, 2004).

⁴⁰ *Verbum Domini* n.27 cita la Proposición n.55. El Sínodo Episcopal sobre "la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia" (5-26 octubre 2008) auguraba una Iglesia renovada por medio de la contemplación de la Palabra de Dios: "La Iglesia del Nuevo Testamento vive allí donde la Palabra encarnada es acogida, amada y servida en plena disponibilidad al Espíritu Santo... La atención devota y amorosa a la figura de María, como modelo y arquetipo de la fe de la Iglesia, es de importancia capital para realizar también hoy un cambio concreto de paradigma en la relación de la Iglesia con la Palabra, tanto en la postura de escucha orante como en la generosidad del empeño por la misión y el anuncio". Por esto el Sínodo invitaba "a pastores y fieles a dirigir la mirada a María y pedir al Espíritu Santo la gracia de una fe viva en la Palabra de Dios hecha carne" (Proposición n.55, sobre María Madre de Dios y Madre de la fe). En la proposición n.4 había dicho: "María, Madre de Jesús, personifica esta obediencia de la fe en manera ejemplar; ella es también el arquetipo de la fe de la Iglesia que escucha y acoge la Palabra de Dios".

ILDEFONSO DE LA INMACULADA, *La Virgen de la contemplación*, (Madrid, Ed. de Espiritualidad 1973).

S. MATELLAN, *Presencia de Maria en la experiencia mística* (Madrid, Coculsa 1962).

L. MATEO-SECO, *La Virgen y la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia: Estudios Marianos* 76 (2010) 33-44.

A.SERRA, *Maria, Vergine contemplativa del mistero di Cristo. Prospettiva biblica*, en: AA.VV., *Maria modello di contemplazione del mistero di Cristo* (Roma, Ediz. Montfortiane, 2000) (Atti 3° Colloquio Internale di Mariologia, Cesena 1999) 37-70; Idem, *Memoria e contemplazione (Lc 2,19.51b): Theotokos* 8 (2000) 821-859.